

Raúl Eduardo Irigoyen\*



En el mundo hacía frío, mucho frío. Aún no se había inventado la calefacción y el sol no calentaba como ahora. Los hombres apenas tenían con qué abrigarse y vivían escondidos en cuevas, durante el invierno. Hasta debían comer crudos los alimentos, al no poder cocinarlos.

Pero a los enanitos colorados no les sucedía lo mismo. Ellos permanecían en lo más profundo del bosque de Talainín, cerca del

Retumbadero. No sentían el frío porque sus cuerpos despedían calor. Tanto calor, que en ese bosque crecían mejor las plantas y siempre era primavera.

Enterados de esto, los indios más ancianos le pidieron al cacique Puchu que, durante el corto verano que se avecinaba, fuera a hablar con los enanitos. Querían solicitarles ayuda, pues estaban seguros de que ellos sabrían cómo hacer para protegerlos del frío.

El cacique no estaba muy convencido: se decía que los enanitos tenían mal carácter. Por fin idearon un plan. Al llegar e! corto verano, llenaron unas tinajas con agua del arroyo salado, que todo lo cura, y emprendieron el viaje a Talainín. Luego de varias jornadas de camino, y ya cansados, penetraron en el bosque.

Era de noche, pero se veía una gran luz que aumentaba a medida que avanzaban. Al llegar a un lugar descubierto, se encontraron de improviso con los enanitos. ¡Miles de enanitos!, que se pusieron a gritar enojados por la visita. Puchu alzó los brazos y, mostrando las tinajas que llevaban sus indios, les dijo que eran para ellos y que contenían agua del arroyo salado, que todo lo cura. Entonces el jefe de los enanitos le preguntó acerca del motivo del viaje. Puchu les contó todo lo que padecían por el frío constante.

Luego de oír el triste relato, los enanitos, condolidos, aceptaron el agua y decidieron ayudarlos. Muchos de ellos volvieron con los indios y, con sus cuerpos, crearon el fuego. Desde ese día, en todas las fogatas, están presentes los enanitos colorados. Son descendientes de aquellos primeros. Sólo si se mira muy bien, es posible verlos trabajar, soplando y soplando para que las llamas crezcan y den calor a los hombres.

\*Pertenece al libro “Los Cuentos del Tata, Tanninga”.

Valle de Traslasierra, Córdoba, Argentina.

Ilustración de José Miguel Heredia.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

